

Delincuentes habituales

No hace mucho hubo en Sevilla una quema de coches y contenedores, graves destrozos de mobiliario urbano y escaparates y otros disturbios que fueron ocasionados por la muerte de un joven delincuente a manos de los agentes del orden cuando aquél fue sorprendido en fragante delito, junto con otros tres compañeros, en el robo de un estanco (dos de los clientes del estanco eran guardias civiles de paisano que realizaban una inspección rutinaria). Durante tres días, y ante la pasividad policial, el barrio de Los Pajaritos fue tomado por medio centenar de jóvenes solidarios con el fallecido que realizaron con total impunidad toda suerte de desmanes, para desgracia no de los acaudalados habitantes de las zonas residenciales de postín, sino de los vecinos del mismo barrio, que según las noticias que nos daban por la prensa eran un barrio deprimido y de gente muy humilde. El fallecido, se nos dijo entonces, era un delincuente habitual, y, el resto de las dieciocho personas detenidas más tarde, también, si bien muchos de ellos no participaron en los sucesos, sino que, simplemente, eran delincuentes que tenían causas policiales pendientes, según la versión de la Jefatura Superior.

Tengo suficiente sensibilidad y sentido común para pensar que la raíz del problema es muy profunda y que en la mayoría de casos como el de Los Pajaritos hay un fondo de pobreza e incultura. Prueba de ello es que este tipo de hechos sólo se dan en barrios marginales, con alto índice de paro, bajos sueldos, alcoholismo, drogadicción, familias desestructuradas, etc. Pero no creo faltar al sentido común si digo que, además, en el fondo del asunto también hay mucho relativismo moral y mucha falta de autoridad, y no sólo de la policía, también de los padres, de los profesores, de los pensadores, de los periodistas y, en fin, de la mayoría de la sociedad.

Quizá esos muchachos estén condenados a ser carne de presidio porque son pobres y viven en barrios marginales, pero estoy seguro de que no les ha ayudado nada una enseñanza en la que se puede pasar de curso aunque seas un desastre, en la que el profesor vive acobardado y sin unas normas que lo

amparen, en la que no se incentiva el sacrificio, en la que no se premia al que cumple, se premia un poco al que avanza y no se castiga al que incumple. Ni les han ayudado nada unos padres blandos que no les ponen normas o se las ponen pero cuando las incumplen es como si las cumplieran, porque no quieren que sus hijos sufran o porque ellos no quieren calentaderos de cabeza. Tampoco les ha ayudado esa nueva moral por la que la colectividad siempre se siente culpable ante el fracaso individual, lo que inmediatamente convierte en víctimas del sistema a los delincuentes, sean ladrones de bancos o de gallinas, roben por vicio o por necesidad (porque eran unos desgraciados, porque tuvieron un trauma infantil, porque eran unos drogadictos, porque estaban enfermos..., porque ya no disfrutan de la libertad que tenemos los demás), y, por lo tanto, en seres dignos de compasión, con el olvido consiguiente de las otras víctimas: los muertos (sus familiares y amigos), los estafados, las violadas, las maltratadas, etc. Y no les han ayudado los legisladores, los jueces y la autoridad gubernativa, que consienten el envalentonamiento de los que se saltan las leyes a la torera (no hay peor proselitismo que el de la impunidad) y que, juntos, han conseguido crear la aberrante figura del delincuente habitual, un ser respetable que habitualmente va por la calle como cualquier ciudadano de bien, cuando lo habitual para un delincuente habitual debe ser la cárcel.

Juan Bosco Castilla